

blica, temían mucho que esta nueva división arruinara la ciudad, resucitando el partido gibelino, y pidieron de nuevo al papa Bonifacio que pusiera remedio, si no quería que Florencia, que había sido siempre escudo de la Iglesia, ó se destruyera ó se convirtiera en gibelina.

El Papa nombró su Legado al cardenal portugués Mateo de Acqua Sparta, y porque éste encontró dificultades en el bando de los Blancos que, por creerse más poderoso, temía menos, abandonó indignado á Florencia y la excomulgó, produciendo mayor trastorno del que existía antes de su llegada.

XVIII. Cuando estaban todos los ánimos excitados, ocurrió que, encontrándose en unas honras fúnebres muchos Cerchi y Donati, trabáronse de palabras, y de ellas pasaron á las armas; pero por el momento no pasó la cosa de un tumulto. Volvieron cada cual á su casa y determinaron los Cerchi atacar á los Donati, yendo á buscarles con gran número de gente; pero por el valor de Corso fueron rechazados, con pérdida de muchos heridos.

Toda la ciudad estaba en armas, y la furia de los poderosos se sobreponía á los magistrados y á las leyes, viviendo en continua alarma los más sensatos y mejores ciudadanos. Los Donati temían más porque podían menos; por lo cual reuniéronse Corso, los principales jefes del bando Negro y los capitanes del mismo para acordar lo que más les conviniera y determinaron pedir al Papa uno de regia estirpe que viniera á reformar el gobierno de Florencia, creyendo que por este medio podrían sobreponerse á los Blancos.

Esta junta y el citado acuerdo llegó á noticia de los Priores, agravado por el partido contrario con la suposi-

ción de que era una conjura contra la libertad. Los dos bandos estaban con las armas en la mano, cuando los Señores, por consejo y prudencia de Dante, que era entonces uno de ellos, cobrando ánimo, armando al pueblo y añadiendo á éste muchos campesinos, obligaron á los jefes de ambos partidos á deponer las armas, y desterraron á Corso Donati y á otros muchos del bando Negro (1301). Para mostrar imparcialidad en el juicio, también desterraron algunos del Blanco, quienes, á los pocos días, so color de plausibles motivos, volvieron á la ciudad.

XIX. Corso Donati y los suyos, que creían al Papa favorable á su causa, fueron á Roma y persuadieron de palabra al Pontífice de lo que, desde Florencia, le habían ya escrito.

Encontrábase entonces en la corte pontificia Carlos de Valois, hermano del Rey de Francia, á quien llamó á Italia el Rey de Nápoles para pasar á Sicilia. Cediendo el Papa á las instancias de los emigrados florentinos, parecióle conveniente, mientras llegaba el tiempo apropiado para navegar, enviarle á Florencia. Vino Carlos, y aunque los Blancos, que tenían en su poder el gobierno, sospecharan de él, sin embargo, por ser jefe de los güelfos y porque le enviaba el Papa, no se opusieron á que entrase y aun, para ganarse su amistad, le autorizaron á que dispusiera de la ciudad según su arbitrio.

Adquirida esta autoridad, mandó Carlos armar á todos sus amigos y partidarios; lo cual infundió al pueblo tantas sospechas de que quisiera quitarle la libertad, que todos se armaron y previnieron cada uno en su casa, por si Carlos hacía alguna tentativa.

Los Cerchi y los jefes del bando Blanco, por haber

estado algún tiempo al frente de la República y portarse con soberbia, llegaron á ser odiados de la generalidad, lo que animó á Corso y á los otros desterrados á volver á Florencia, mayormente sabiendo que Carlos y sus capitanes estaban dispuestos á favorecerles. Cuando toda la ciudad, por las sospechas que abrigaba contra Carlos, estaba armada, Corso, con los emigrados y muchos otros que le seguían, sin que nadie lo impidiera, entró en Florencia.

Instigaron algunos á Veri de Cerchi para que saliera contra ellos, pero no quiso, diciendo que deseaba les castigase el pueblo, contra el cual venían. Pero sucedió lo contrario, porque el pueblo, en vez de castigarles, les recibió bien, y Veri tuvo que huir para salvarse.

Corso forzó primero la puerta Pinti, y después se parapetó frente á San Pedro el Mayor, sitio próximo á su casa; reunió bastantes amigos y gente del pueblo que, deseosa de cosas nuevas, se puso de su parte, empezó por sacar de la cárcel á los que estaban presos por motivos públicos ó privados; obligó á los Señores á volver á sus casas como particulares; eligió á los que habían de sustituirles entre el pueblo del bando Negro y durante cinco días hizo saquear las casas de los del partido Blanco.

Los Cerchi y los demás jefes de este bando, al ver á Carlos contrario á ellos, y á la mayor parte del pueblo enemigo, salieron de la ciudad refugiándose en los lugares fortificados que tenían; y aunque al principio no habían querido seguir los consejos del Papa, tuvieron ahora que recurrir á él, manifestándole que Carlos había venido para desunir, no para unir á los florentinos. Por ello envió de nuevo el Papa á su legado Mateo de Aqua

Sparta, quien obligó á hacer la paz á los Cerchi y Donati, y la consolidó con matrimonios entre personas de ambas familias. Quiso también que los Blancos participaran de los cargos públicos; pero los Negros, que los tenían en su poder, no lo consintieron, y marchóse el Legado esta vez tan descontento como la primera, dejando á la ciudad excomulgada por desobediente.

XX. Quedaron, pues, ambos bandos en Florencia, y ambos descontentos. Los Negros, por ver á sus enemigos tan cerca, temían que recobrasen la autoridad causando su ruina; los Blancos echaban de menos el poder y los honores que antes gozaban. A estos disgustos y naturales sospechas añadiéronse nuevas ofensas (1302). Iba Nicolás de Cerchi con algunos amigos á sus posesiones, y al llegar al puente del Africo le acometió Simón, hijo de Corso Donati. La lucha fué empeñada, y para ambas partes tuvo dolorosos resultados, porque Nicolás fué muerto y Simón tan mal herido, que á la noche siguiente murió. Este suceso perturbó de nuevo toda la ciudad y aunque el bando Negro era el más culpado, los que gobernaban lo defendían.

Cuando aun no se había dictado sentencia, descubrióse una conjuración de los Blancos unidos á Pedro Ferrant, uno de los barones de Carlos, para apoderarse del gobierno. El complot se puso de manifiesto por cartas que los Cerchi escribieron á aquellos, aunque la opinión general creyó que eran falsas é inventadas por los Donati para contrarrestar la odiosidad que por la muerte de Nicolás de Cerchi se habían granjeado.

Todos los Cerchi, con sus secuaces del partido Blanco, fueron desterrados, y entre ellos el poeta Dante, confiscados sus bienes y arrasadas sus casas. Esparciéronse

por muchos lugares con los gibelinos que se habían asociado á su bando y procuró con nuevos esfuerzos, nueva fortuna.

Cumplida por Carlos su misión en Florencia, volvió á Roma para comenzar la empresa de Sicilia, en la cual no estuvo más hábil y acertado que en aquella ciudad, y volvió al fin á Francia, sin muchos de sus soldados y sin reputación.

XXI (1304). Después de la salida de Carlos, se vivía con bastante tranquilidad en Florencia. Sólo Corso Donati estaba inquieto, por creer que no tenía en la ciudad el rango que juzgaba corresponderle, pues, siendo el gobierno popular, veía en la administración de la República á muchos inferiores á él. Excitado por estas pasiones, pensó disfrazar con pretextos honrosos su reprehensible conducta, y calumniaba á muchos ciudadanos que habían administrado fondos públicos, suponiendo que los emplearon en su propio beneficio, y que era justo obligarles á que los devolviesen, y castigarles. Opinaban como él muchos que tenían su mismo deseo, á lo cual se añadía la ignorancia de otros que atribuían á amor á la patria las gestiones de Corso.

Los ciudadanos calumniados, gozando de favor en el pueblo, se defendían, y la animosidad entre unos y otros llegó á punto que de las palabras pasaron á las armas. De una parte estaban Corso y Lottieri, arzobispo de Florencia, con muchos nobles y algunos del pueblo; de la otra los Señores, con la mayor parte del pueblo, y el combate se había empeñado en muchos puntos de la ciudad. Considerando los Señores el peligro en que se encontraban, pidieron auxilio á los luqueses, é inmediatamente llegó á Florencia todo el pueblo de Luca. Gracias á su

autoridad, se arreglaron por el momento las cosas, terminó el desorden y continuó el pueblo en el goce de su libertad, pero sin castigar á los promovedores y autores del escándalo.

Llegó á oídos del Papa el tumulto de Florencia, y envió á su legado Nicolás de Prato para apaciguarlo. Era éste, por su dignidad, sabiduría y costumbres, hombre de gran fama, y tuvo inmediatamente tantos adeptos, que se hizo conceder autoridad para reformar el gobierno según lo estimara conveniente. Siendo de origen gibelino, deseaba llamar á los desterrados, pero quiso antes ganarse la voluntad del pueblo, restableciendo para ello las antiguas compañías populares, con lo cual aumentó el poder de éste y disminuyó el de los nobles.

Creviendo el Legado que le estaba obligada la multitud, quiso traer á los desterrados, intentando para ello varias vías, ninguna de las cuales le produjo buen resultado y llegó á ser tan sospechoso á los gobernantes, que tuvo precisión de marcharse, volviendo indignadísimo al lado del Pontífice, y dejando á Florencia llena de confusión y excomulgada.

No nacía la perturbación de una sola causa, sino de muchas, existiendo enemistad entre el pueblo y los nobles, entre güelfos y gibelinos y entre Blancos y Negros. Toda la ciudad estaba en armas y menudeaban los combates, por el descontento que producía la partida del Legado á muchos deseosos de que volvieran los desterrados.

Jefes de los que movían el escándalo eran los Médicis y los Giugni que, al mismo tiempo que el Legado, pusieron de manifiesto su opinión en favor de los rebeldes. Combatíase en distintos puntos de la ciudad, á cuya calamidad se añadió un incendio, que, empezando cerca del

jardín de San Miguel, en la casa de los Abati, se comunicó á la de los Caponsacchi, y la abrasó, como también las de los Macci, Amieri, Toschi, Cipriani, Lamberti y Cavalcanti y todo el Mercado Nuevo; de aquí pasó á la puerta de Santa María, que también se quemó, y transmitiéndose por el Puente Viejo, abrasó las casas de los Gherardini, Pulci, Amidei y Lucardesi, y con éstas tantas otras, que llegaron á 1.700 ó más.

En opinión de muchos, el incendio nació de algún accidente de la lucha; otros afirmaban que lo produjo Neri Abati, prior de San Pedro Scheraggio, hombre disoluto y aficionado á hacer daño, quien proyectó un crimen que el pueblo no pudiera remediar por estar ocupado en combatir y, para ejecutarlo, prendió fuego á la casa de sus parientes, donde mejor podía realizar su intento. Este desastre ocasionado por el hierro y el fuego en Florencia, ocurrió en el mes de Julio del año 1304.

En tan gran tumulto sólo Corso Donati no tomó parte, porque creyó fácil llegar á ser árbitro de ambos partidos, cuando el cansancio del combate les obligara á la concordia; pero depusieron las armas más por saciedad del mal que por deseo de paz, sin otras consecuencias que las de que no volvieran los rebeldes y quedase debilitado el bando que les favorecía.

XXII. El Legado regresó á Roma y, al saber los nuevos escándalos ocurridos en Florencia, persuadió al Papa de que, si quería unir á los florentinos, necesitaba llamar á doce ciudadanos de los principales de aquella ciudad, para que, quitando al mal esta levadura, fuese más fácil extirparlo. Aceptó el Pontífice el consejo, y los ciudadanos llamados, entre los cuales estaba Corso Donati, obedecieron la orden.

Cuando partieron de Florencia, el Legado hizo saber á los desterrados que se encontraba la ciudad sin jefes, y era el momento oportuno de volver á ella. Los desterrados hicieron los mayores esfuerzos para regresar pronto á su patria, y por los muros, que aun no estaban terminados, entraron en Florencia, llegando hasta la plaza de San Juan. Y fué cosa notable que aquellos que poco antes, cuando sin armas rogaban los desterrados que les admitieran en su patria pelearon por que volvieran, cuando les vieron armados, queriendo apoderarse por fuerza de la ciudad, empuñaron las armas contra ellos. ¡Tanto preferían aquellos ciudadanos á la amistad privada la utilidad común! Unidos con todo el pueblo, les obligaron á volver á donde antes estaban.

Fracasó su empresa por haber dejado parte de sus tropas en la Lastra, y por no esperar á Tolosetto Uberti, que debía venir de Pistoia con 300 caballos, pues creían que la prontitud, más que la fuerza, les proporcionaría la victoria. Ocurre con frecuencia en tales negocios que la tardanza quita la ocasión, y la celeridad la fuerza.

Partidos los rebeldes, volvieron los florentinos á sus antiguas divisiones y el pueblo, por quitar autoridad á los Cavalcanti, les tomó por fuerza el castillo de Stinche, situado en Val de Greve, que de antiguo poseía aquella familia; y porque los prisioneros hechos en él fueron los primeros encerrados en la cárcel nuevamente construída, llamaron á ésta, y llaman aún, á causa del sitio de donde procedían, la Stinche (1307).

Los que gobernaban la república restablecieron las compañías del pueblo, les dieron las banderas bajo las cuales se reunían antes los gremios de artes y oficios, y los jefes se llamaron Confaloneros de las compañías y

colegas de los Señores. Determinaron que auxiliaran á la Señoría con sus armas en la guerra y con los consejos en la paz; añadiendo á los dos Rectores antiguos un Ejecutor que, unido á los Confalonieros, debía proceder contra la insolencia de los nobles.

Entretanto había muerto el Papa y vuelto á Florencia Corso Donati y los otros once ciudadanos; y se hubiera vivido en paz si el ánimo inquieto de Corso no perturbaba nuevamente la ciudad. Por singularizarse era siempre de opinión contraria á los más poderosos, y para atraerse la benevolencia del pueblo apoyaba con su autoridad todas las inclinaciones de éste, de suerte que era jefe de todos los descontentos é innovadores, y á él acudían cuantos deseaban obtener alguna cosa extraordinaria, por lo cual le odiaban muchos ciudadanos de gran reputación. Veíase crecer de tal manera este odio, que el bando de los Negros estaba en manifiesta división, porque Corso se valía de la fuerza y de la autoridad privada, y sus adversarios de la del Gobierno; pero era tanto el poderío de aquél, que todos le temían. Á fin de privarle del favor popular, acudieron al procedimiento, siempre seguro para conseguirlo, de proclamar que quería ejercer la tiranía; cosa fácil de creer, porque su modo de vivir era sobradamente ostentoso. Aumentó esta opinión el verle tomar por esposa una hija de Uguccione de la Fagginola, jefe del bando gibelino y blanco, y potentísimo en Toscana.

XXIII. Este enlace, en cuanto se supo, dió ánimos á sus adversarios, que tomaron contra él las armas y, por la misma causa, no le defendió el pueblo, cuya mayor parte se unió á sus enemigos. Eran los jefes de éstos Rosso de la Tosa, Pazzino de Pazzi, Geri Spini y Berto

Brunelleschi. Con sus secuaces y la mayoría del pueblo, se reunieron armados ante el palacio de la Señoría. Los Señores dieron una acusación á Pedro Branca, capitán del pueblo, contra Corso Donati, culpándole de aspirar, con la ayuda de Uguccione, á la tiranía. Fué primero citado y después juzgado rebelde por contumacia (1308), mediando solamente dos horas entre la acusación y la sentencia.

Dictada ésta, los Señores, con las compañías del pueblo bajo sus banderas, fueron á buscarle.

No asustó á Corso Donati, ni el verse abandonado por muchos de los suyos, ni la sentencia dictada, ni la autoridad de los Señores, ni la multitud de los enemigos, y se fortificó en su casa, esperando poder defenderse en ella, hasta que Uguccione, á quien había avisado, viniera á socorrerle.

En su casa y en las calles inmediatas construyó barricadas, defendidas por partidarios suyos con tanto empeño, que el pueblo, aunque era muy numeroso, no podía vencerles. La lucha fué, por tanto, muy encarnizada, con muertos y heridos de ambas partes. Viendo el pueblo la imposibilidad de triunfar en las calles, ocupó las casas inmediatas á la suya y entró en ésta taladrando los muros y por vía inesperada.

Estaba Corso rodeado de enemigos, no confiaba ya en el auxilio de Uguccione, y perdida la esperanza de la victoria, determinó buscar camino para salvarse. Unido á Gherardo Bordoni, y á otros muchos de sus más bravos y fieles amigos, acometieron todos con ímpetu á los enemigos, abriéronse paso con las armas por medio de ellos y salieron de la ciudad por la puerta de la Cruz.

Muchos fueron en su persecución, y á Gherardo lo mató Boccaccio Cavicciuli, á orillas del Africo. Corso fué alcanzado y preso en Rovezzano por algunos catalanes, soldados de á caballo á las órdenes de la Señoría; pero, al traerle á Florencia, por no ver la cara á sus enemigos victoriosos, ni ser objeto de sus insultos, se dejó caer del caballo y, estando en tierra, le mató uno de los que le conducían. Los monjes de San Salvi recogieron el cuerpo y le dieron sepultura sin honras fúnebres.

Este fué el fin de Corso Donati, que hizo mucho bien y mucho mal á su patria y á la facción de los Negros, y de tener el ánimo menos inquieto sería más gloriosa su memoria. Merece, sin embargo, citársele entre los hijos más preclaros de nuestra ciudad. Ciertamente su carácter revoltoso hizo que la patria y su partido olvidasen las obligaciones que tenían con él, siendo esto causa de su muerte, y para aquélla y éste de muchos males.

Venia Ugucione al socorro de su yerno. Al llegar á Remole supo de qué manera le combatía el pueblo y creyendo no poder prestarle servicio alguno, por no exponerse al peligro sin provecho de Corso, se retiró.

XXIV. Muerto Corso, lo cual ocurrió en 1308, cesaron los tumultos y se vivió en paz hasta que se supo que el emperador Enrique VII pasaba á Italia (1312) con todos los rebeldes florentinos, á quienes había prometido restablecerles en su patria. A los jefes del gobierno pareció entonces oportuno, para tener menos enemigos, disminuir el número de aquéllos, y determinaron que todos los rebeldes pudieran volver, á excepción de los que la ley, citándoles nominalmente, prohibiera la vuelta. Continuaron en destierro por esta determinación el mayor número de los gibelinos y algunos del partido

Blanco, entre ellos Dante Alighieri y los hijos de Veri-de Cerchi y de Giano de la Bella. Además pidieron auxilio á Roberto, rey de Nápoles y, no pudiendo conseguir que éste les ayudara como amigos, le sometieron la ciudad por cinco años, para que como súbditos les defendiera con su ejército.

El Emperador vino por el camino de Pisa y por las marismas llegó á Roma, donde fué coronado el año 1312. Determinando dominar á los florentinos, dirigióse por la vía de Perusa y Arezzo á Florencia, situándose con su ejército en el monasterio de San Salvi, á una milla de la ciudad, donde estuvo cincuenta días sin provecho alguno, y desesperado de producir perturbación en aquella República, marchó á Pisa, donde convino con Federico, rey de Sicilia, acometer al reino de Nápoles, y movió con tal objeto su ejército; pero cuando esperaba la victoria y el rey Roberto temía su ruina, murió en Buonconvento (1313).

XXV. Poco tiempo después ocurrió que Ugucione de la Fagginola llegó á ser señor de Pisa, y en seguida de Luca, donde le eligió el bando gibelino. Con el auxilio de esta ciudad hacía gravísimo daño á sus vecinos y, para librarse de él, los florentinos pidieron al rey Roberto que fuera su hermano Pedro á mandar el ejército de la República.

Ugucione por su parte aumentaba sin cesar su poder y, por fuerza ó por astucia, tenía en Val del Arno y en Val de Nievole muchos castillos ocupados. Dirigiéndose al asedio de Montecatini, juzgaron los florentinos que era necesario socorrer esta fortaleza, para evitar que aquel incendio se extendiera por todo el país comarcano. Reunieron un grande ejército, pasaron con él á Val de

Nievole y allí dieron la batalla á Ugucione (1315), siendo derrotados. Murieron en ella Pedro, hermano del rey Roberto, cuyo cuerpo no se encontró, y más de dos mil hombres. Para Ugucione no fué satisfactorio el triunfo, pues vió morir uno de sus hijos y muchos capitanes del ejército.

Después de esta derrota fortificaron los florentinos los puntos inmediatos á su ciudad, y el Rey de Nápoles les envió por Capitán al conde de Andria, llamado el conde Novello, por cuya conducta ó por disposición natural de los florentinos á cansarse de lo presente ó á que cualquier suceso engendre discordia, no obstante la guerra con Ugucione, la ciudad se dividió en dos bandos, uno de amigos y otro de enemigos del Rey de Nápoles. Jefes de éstos eran Simón de la Tossa y los Magalotti, con algunos del pueblo, superiores á los demás en el gobierno y consiguieron que se enviara á Francia y después á Alemania por jefes y soldados para, cuando llegaran, echar con su ayuda al Conde gobernador nombrado por el Rey. La fortuna quiso que tales gestiones no tuvieran éxito.

No por ello abandonaron la empresa, y en busca de uno á quien adorar, no encontrándolo en Francia ni en Alemania, lo trajeron de Agobbio. Expulsado el Conde, tomaron á un tal Lando, de Agobbio, por Ejecutor, ó mejor dicho, Preboste, dándole plena potestad sobre los ciudadanos.

Era Lando hombre rapaz y cruel y, yendo por la comarca con gente armada, quitaba la vida á unos ú otros, conforme al deseo de los que le habían elegido. Llegó á tanto su audacia que, con el cuño florentino, acuñó moneda falsa, sin que nadie se atreviera á oponérsele (1316).

¡A tanto poder le condujeron las discordias de Florencia! ¡Grande, en verdad, y misera ciudad, á la cual ni el recuerdo de las pasadas divisiones, ni el miedo á Ugucione, ni la autoridad de un Rey habían podido mantener unida y con gobierno estable, encontrándose en málsima situación, sufriendo en el exterior las correrías de Ugucione, y saqueada en el interior por Lando de Agobbio!

Eran los amigos del Rey, contrarios á Lando y sus secuaces, familias nobles y plebeyas importantes, todos güelfos; mas no podían sin peligro manifestar sus opiniones, por estar el gobierno en manos de sus adversarios. Determinaron, sin embargo, librarse de aquella deshonrosa tiranía, y escribieron secretamente al rey Roberto que nombrara vicario suyo en Florencia al conde Guido de Battifolle, lo cual hizo inmediatamente, y el bando enemigo, aunque los Señores eran contrarios al Rey, no se atrevió á oponerse, por las buenas cualidades del Conde. No tenía, sin embargo, grande autoridad, porque los Señores y los confalonieros de las compañías favorecían á Lando y á su partido.

Mientras se vivía en Florencia en medio de estos trabajos, pasó la hija de Alberto rey de Bohemia (1317), que iba á unirse con su marido Carlos, hijo del rey Roberto. Los amigos del Rey le hicieron grandes honores y se quejaron tanto á ella de las condiciones en que la ciudad estaba y de la tiranía de Lando y de sus partidarios, que antes de partir, mediante su apoyo y el que les prestó el Rey, uniéronse los ciudadanos y quitaron la autoridad al sanguinario y ladrón Lando, enviándole á Agobbio.

Al reformar el gobierno, se prorrogó la autoridad al

Rey por tres años, y porque ya habían sido elegidos siete Señores del partido de Lando, eligieron seis de el del Rey, y la Señoría tuvo durante algún tiempo trece miembros. Posteriormente quedaron reducidos, como en lo antiguo, á siete.

XXVI. Quitaron por entonces á Uguccione la señoría de Luca y de Pisa. Castruccio Castracani, de simple ciudadano de Luca, llegó á ser Señor (1321), y porque era joven atrevido y valiente y afortunado en sus empresas, en brevisimo tiempo llegó á ser cabeza de los gibelinos de Toscana. Esto obligó á los florentinos á suspender por varios años sus discordias civiles, pensando en el modo de defenderse de Castruccio, antes de que sus fuerzas aumentaran, ó después, si crecían, contra lo que ellos deseaban. Y para que los Señores deliberaran con mayor acierto y con mayor autoridad obligaran al cumplimiento de las leyes, nombraron doce ciudadanos llamados *Hombres buenos*, sin cuya opinión y consentimiento no pudieran determinar los Señores ninguna cosa importante.

Llegó por entonces el término de la autoridad del rey Roberto y, dueña absoluta Florencia de sus destinos, reorganizó el gobierno con los rectores y magistrados acostumbrados, manteniendo la unión entre los ciudadanos el temor que tenían á Castruccio, quien, después de muchas empresas contra los Señores de la Lunigiana, atacó á Prato (1323). Los florentinos, determinando socorrerla, cerraron sus tiendas y fueron en masa veinte mil hombres á pie y mil quinientos á caballo. Para quitar fuerzas á Castruccio y aumentar las suyas, publicaron los Señores un bando diciendo que cualquier rebelde güelfo que acudiera al socorro de Prato, terminada la

empresa, podría volver á su patria. Más de cuatro mil rebeldes concurrieron á la defensa.

Este numeroso ejército, con tanta presteza conducido á Prato, asustó de tal manera á Castruccio que, sin intentar la batalla, se retiró hacia Luca, lo cual produjo diferencia de opiniones en el campo florentino entre los nobles y los ciudadanos, porque éstos querían perseguirle y combatir hasta acabar con él, y aquéllos volver á la ciudad, pues decían que bastaba haber puesto en peligro á Florencia para librar á Prato; cosa bien hecha cuando la necesidad obligaba, pero, libre ya, tampoco convenia probar fortuna exponiéndose, por ganar poco, á perder mucho.

No era posible el acuerdo y se sometió el caso á la decisión de los Señores, entre quienes hubo la misma disparidad de opiniones. Sabido esto en la ciudad, reunióse gran multitud en la plaza, profiriendo amenazas contra los nobles, que, por temor, cedieron; pero tomada la determinación tarde, y por muchos de mala voluntad, dió tiempo al enemigo para llegar salvo á Luca.

XXVII. Este suceso irritó de tal suerte al pueblo contra los nobles, que los Señores no quisieron cumplir la promesa hecha á los desterrados, por consejo de aquéllos. Presintiéndolo los expatriados, determinaron anticiparse al ejército para entrar los primeros en Florencia, y llegaron á las puertas de la ciudad; pero no lograron su objeto porque, previsto por los de dentro les rechazaron. Para ver si por acuerdo obtenían lo que no habían podido conseguir por fuerza, enviaron ocho embajadores á recordar á los Señores la promesa hecha y el peligro á que en virtud de ella se habían expuesto, esperando, por tanto, el premio prometido; y aunque los



nobles, que se consideraban más obligados al cumplimiento de este deber porque particularmente prometieron lo mismo que habían ofrecido los Señores, bajaron con empeño en favor de los desterrados, nada consiguieron, pues enfurecía á la multitud que la empresa contra Castruccio no terminase viniéndole. Esta conducta fué deshonrosa para la ciudad. Indignándoseles la deslealtad, muchos nobles intentaron conseguir por fuerza lo que por ruegos no habían alcanzado, conviniendo con los desterrados en que vinieran armados á la ciudad y ellos dentro tomarían las armas en su favor. Descubrióse el complot antes del día en que iba á realizarse, encontrando los desterrados armada la ciudad, dispuesta á rechazar á los de fuera, y asustados de tal modo los conjurados de dentro, que ninguno se atrevió á tomar las armas. Lo infructuoso de estas tentativas les hizo renunciar á la empresa.

Después de la partida de los desterrados se deseaba castigar á los que habían tenido la culpa de que vinieran; y aunque todos sabían quiénes eran los culpados, ninguno se atrevía á acusarles ni á nombrarles. Para que el temor no impidiera saber la verdad, se determinó que en el Consejo cada cual escribiera los nombres de los delinquentes y secretamente fueran entregados estos escritos al Capitán. Resultaron acusados Amérgo Donati, Teghajo Frescobaldi y Lotteringo Gherardini, quienes, encontrando los jueces más benignos quizá de lo que su delito merecía, fueron condenados á multa.

XXVIII. Los tumultos que hubo en Florencia por la llegada de los rebeldes á las puertas de la ciudad, demostraron que no bastaba un solo capitán á las compañías del pueblo, y se determinó que en lo porvenir cada

una tuviera tres ó cuatro jefes, y cada Confaloniero dos ó tres abanderados, que llamaron alféreces, para que cuando no tuviera que concurrir toda la compañía, pudiera mandar un jefe parte de ella.

Como sucede siempre en todas las repúblicas que, después de sucesos graves, algunas leyes antiguas se derogan y otras se restablecen, en vez de renovarse la Señoría en épocas determinadas, como había sucedido hasta entonces, los Señores y los del Colegio que estaban en ejercicio, por gozar sobrado poder, se hicieron autorizar para la designación de los Señores que habían de desempeñar el cargo en los cuarenta meses siguientes. Pusieron sus nombres en una bolsa, y cada dos meses los sacaban por suerte; pero antes de terminar los cuarenta meses, dudando muchos ciudadanos que sus nombres estuvieran en la bolsa, se repitió el embolsarlos todos.

De aquí nació la costumbre, largo tiempo practicada, de elegir por suerte los magistrados que debían gobernar dentro y fuera de la ciudad; mientras anteriormente, cuando iba á acabar el ejercicio de su cargo, el Consejo elegía los sucesores. Esta forma de elección por bolsas ó por suerte se llamó después *escrutinio*.

Como la renovación de embolsar los nombres se hacía cada tres años y á veces cada cinco, parecía que tal sistema era el mejor para acabar con los disgustos y desórdenes que ocasionaban antes los muchos competidores en la elección de cargos públicos. Ignorando el medio de corregir los abusos, adoptaron éste á falta de otro mejor, sin advertir los inconvenientes que, á cambio de ventaja tan escasa, llevaba consigo.

XXIX. Llegó el año 1325, y Castruccio, apoderán-

dose de Pistoia, aumentó tanto su poder, que los florentinos, temerosos de su grandeza, determinaron acometerle y quitarle dicha ciudad antes de que consolidara su dominación en ella.

Entre ciudadanos y aliados reunieron veinte mil infantes y tres mil caballos, y con este ejército acamparon en Altopascio, para ocupar dicho punto é impedirle socorrer á Pistoia.

Tomaron los florentinos esta ciudad y fueron después contra Luca, devastando el país; pero, por poca prudencia y menos fidelidad del jefe, no hicieron grandes progresos.

Era su capitán Raimundo de Cardona, quien, sabiendo cuán fácilmente habían entregado su libertad los florentinos, ora al Rey de Nápoles, ora al Legado del Papa, ora á personas de menor categoría, pensaba conducirse de modo que, poniéndoles en peligro, les obligara á nombrarle su príncipe. Con frecuencia les recordaba estos ejemplos y pedía que le dieran en la ciudad la misma autoridad que le habían dado en el ejército, porque sin esto, decía, no le prestarían la obediencia que á un capitán es necesaria.

Porque no consentían en ello los florentinos andaba perdiendo tiempo, y Castruccio ganándolo, á causa de habersele unido las fuerzas que en su auxilio le prometieron Visconti y otros tiranos de la Lombardía, con las cuales reunió numeroso ejército.

Cardona que, por falta de buena fe, no supo vencer al principio, por falta de prudencia no supo después salvarse, pues, procediendo lentamente con su ejército, le atacó Castruccio junto á Altopascio (1325), y después de empeñada la batalla, le derrotó, quedando muertos

ó prisioneros muchos ciudadanos y muriendo Cardona, á quien, por su mala fe y peores consejos, dió la fortuna el castigo que mereció le aplicaran los florentinos.

El daño que hizo Castruccio después de la victoria contra los florentinos, los robos, incendios, atropellos y prisiones, no es posible narrarlos, porque, no teniendo quien se le opusiera durante muchos meses, asoló cuanto quiso, contentándose los florentinos, después de esta derrota, con salvar la ciudad.

XXX. No por eso se acobardaron hasta el punto de dejar de hacer grandes provisiones de dinero, asoldando gente y pidiendo ayuda á sus amigos; pero no bastaban para refrenar aquel enemigo, de suerte, que les fué preciso nombrar su Señor á Carlos, duque de Calabria é hijo del rey Roberto, para que viniera á defenderles, porque estos príncipes, acostumbrados á dominar en Florencia, querían ser Señores y no aliados de la República.

Por estar Carlos empeñado en la guerra de Sicilia no pudo venir á tomar la Señoría, y les mandó al francés Gauthier, duque de Atenas, quien, como vicario del Señor, tomó posesión de la ciudad y arregló el gobierno á su arbitrio. Portóse, sin embargo, con una moderación poco de acuerdo con su carácter, y por todos se hizo amar.

Terminada la guerra de Sicilia, vino Carlos á Florencia con mil caballos, donde entró en Julio de 1326, y su llegada hizo que Castruccio no pudiera saquear libremente los dominios florentinos.

Pero la fama que Carlos había adquirido fuera la perdió dentro de Florencia, y los daños que á los florentinos no hicieron los enemigos, los ejecutaron los ami-

gos; porque los Señores nada hacían sin el consentimiento del Duque, y en el término de un año sacó de la ciudad cuatrocientos mil florines, á pesar de que, por el convenio hecho con él, no debían pasar de doscientos mil. ¡Tantos eran los gravámenes que diariamente él ó su padre imponían á la ciudad!

A estos daños se añadieron nuevos temores y nuevos enemigos, pues alarmó tanto á los gibelinos de Lombardia la llegada de Carlos á Toscana, que Galeazzo Visconti y los otros tiranos lombardos lograron con dinero y promesas viniera á Italia Luis de Baviera que, contra la voluntad del Papa, había sido elegido Emperador.

Llegó á Lombardia, pasó á Toscana, y, con ayuda de Castruccio, se apoderó de Pisa (1327). Sacando aquí dinero, dirigióse á Roma, lo cual ocasionó que Carlos partiese de Florencia, temiendo por el reino de Nápoles. Dejó por su vicario á Felipe de Sanguineto.

Al partir el Emperador se quedó Castruccio con Pisa. Los florentinos le quitaron Pistoia, valiéndose de tratos con los de esta ciudad; pero Castruccio la sitió, portándose con tanto valor y tenacidad, que, aun cuando los florentinos probaron muchas veces socorrerla y unas atacaron á su ejército y otras invadieron sus tierras, no pudieron ni con la fuerza ni con la industria apartarle de su empresa. ¡Tal era su ansia por castigar á los de Pistoia y por convencer á los florentinos de su inferioridad!

Vióse, pues, Pistoia obligada á recibirle por Señor; pero á este triunfo, tan glorioso para él, siguió un desastre no menos considerable, porque á su vuelta á Luca murió (1328). Y como rara vez la fortuna proporciona

un bien ó un mal sin acompañarlo de otro bien ú otro mal, murió también en Nápoles Carlos, duque de Calabria y señor de Florencia, y los florentinos, contra toda esperanza, quedaron libres en poco tiempo de la dominación de éste y del temor á aquél.

Reformaron entonces el gobierno de la ciudad, suprimiendo los antiguos Consejos y creando dos, uno de trescientos ciudadanos del pueblo y otro de doscientos cincuenta, nobles y plebeyos, llamando al primero *Consejo del pueblo* y al segundo *Consejo comunal*.

XXXI. Al llegar á Roma el Emperador, creó un antipapa y dispuso muchas cosas contrarias á la Iglesia, intentando otras varias que no tuvieron efecto. Acabó por retirarse vergonzosamente de esta ciudad y volver á Pisa (1329), donde, ó por descontento ó por falta de paga, se sublevaron unos ochocientos caballos tudescos, fortificándose en Montechiaro, sobre el Ceruglio. Cuando el Emperador partió de Pisa para ir á Lombardia, esta tropa sublevada se apoderó de Luca, expulsando á Francisco Castracani que el Emperador había dejado allí, y deseosa de sacar alguna utilidad de aquella presa, se la ofreció á los florentinos por ochenta mil ducados, pero éstos rehusaron el trato por consejo de Simón de la Tosa.

Esta determinación hubiera sido á nuestra ciudad utilísima, si persistieran en ella los florentinos, pero, por haber mudado al poco tiempo de parecer, fué muy dañosa; pues si entonces por poco costé pudieron adquirir pacíficamente á Luca y no la quisieron, después, cuando la desearon, no pudieron conseguirla por mucho mayor precio. Tal versatilidad fué causa de que Florencia, con gran daño suyo, variase repetidas veces su gobierno.